

I. PRIMERA Y ÚLTIMA INFANCIA

Por favor, cierra la puerta.

No quiero oír mi infancia.

LA HIJA DEL CORONEL

La vida de María Teresa León y Goyri comienza el 31 de octubre de 1903 en Logroño, aunque su infancia, su adolescencia y parte de su juventud habrán de transcurrir en Madrid, Burgos y, en menor medida, Barcelona. Tanto en la partida de nacimiento del registro civil como en la hoja eclesiástica de la iglesia parroquial de Santa María de la Redonda donde fue bautizada el 25 de noviembre, hay constancia de ese origen riojano: «Yo, don Sabiniano González –certificaba el capellán segundo del Cuerpo Eclesiástico del Ejército– bauticé solemnemente y ungué con los Santos Óleos a una niña que nació a la una de la tarde del día treinta y uno de octubre anterior en la casa número seis de la calle General Espartero, poniéndole por nombre María Teresa de Jesús, María del Rosario, Juana Lucila...»¹.

Hija del coronel Ángel León Lores, militar de Húsares, y de la burgalesa Oliva Goyri de la Llera, parecía destinada a formar parte de esa alta burguesía cercada por derechos y deberes, de buena familia, de un hogar refinado que recibe visitantes de cierta categoría, que respeta las bellas artes y que se mueve entre uniformes y etiquetas.

Ser hija de militar suponía, además, cambiar con cierta frecuencia de paisaje, de ciudad, de casa, de escuela, de amigos de juego y hasta de parientes cercanos. Y dentro de esas maniobras del destino, fue Madrid, a poco de venir al mundo, el espacio verdadero de una infancia primera que marcaría, de modo elemental, aspectos decisivos de su vida.

Los primeros trece años de María Teresa León transcurren, pues, en la capital del país, a cuyo regimiento de Húsares de Princesa es

destinado don Ángel León. La vivienda familiar, no obstante, estará situada en el barrio de Argüelles, en la calle del Buen Suceso, «frente a una Iglesia tristonra y fea, mirando un hospital para militares atropellados por la enfermedad»². Era una casa transitada por tíos, generales de bigotes largos, de niñeras... Era el escenario también de un tiempo en el que la vida, tan reciente, tan hecha para ser cómoda y sosegada, la fue adiestrando hacia una rebeldía que no tardaría en manifestarse. La «niña de militar inadaptada siempre» acumuló muy pronto razones para la indocilidad y la transgresión. Y la primera de ellas era su propio padre, un hombre que se cansaba de todo, que languidecía con frecuencia.

Don Ángel León Lores había nacido en Madrid en mayo de 1870, aunque sus progenitores, don Agustín León Jiménez y doña María Lores Sánchez, procedían respectivamente de la provincia de Sevilla y de Barcelona. El 31 de agosto de 1887, cumplidos los diecisiete años, ingresó en la Academia General Militar. Fue el comienzo de una larga y brillante carrera que, según reza su hoja matriz de servicios, alcanzó un total de 36 años, 10 meses y 11 días. Su primer destino tras la instrucción fue Cuba, a donde llegó con el escuadrón expedicionario del Regimiento Almansa el 6 de febrero de 1892 a bordo del vapor *María Cristina*. En La Habana ascendió a capitán por méritos de guerra, cargo que ejerció en el Regimiento Pizarro. Y en poco más de un año, el 10 de mayo de 1897, a razón de sus distinguidas acciones en los combates y las campañas, junto a soldados tan notables como Miguel Primo de Rivera, fue laureado con la Cruz Roja del mérito militar. De la isla regresó en febrero de 1898, acaso oliéndose el desastre colonial. Desembarcó en La Coruña y se dirigió a su nuevo destino en Valladolid al ser nombrado capitán de reemplazo. Fue en esa plaza donde contrajo matrimonio con Oliva Goyri de la Llera, hija de don Hipólito Goyri Erruz y doña Rosario de la Llera Fernández, naturales los tres de tierras burgalesas. Era el 6 de junio de 1898. Tres años después, el 1 de octubre de 1901, llegaba el joven matrimonio al Regimiento de Cazadores de Albuera en Logroño³. Fue en la capital riojana donde nacería María Teresa y también el punto del que partirían en 1905 camino de Madrid, al

Estado Mayor Central del Ejército. Nuestra escritora tenía sobradas razones para hablar, refiriéndose a su familia, de una vida nómada. La prueba la hallamos en el historial de servicios de don Ángel León, donde figuran, al detalle, veintitrés cambios de destino, incluso durante el periodo aparentemente más estable, como fueron los años madrileños de la infancia de su pequeña (1905-1917), en los que el capitán tuvo que trasladarse a Vizcaya, Galicia y Larache.

La cuestión es que el padre de María Teresa presumía de ser, aquellos primeros años de siglo, un veterano de la guerra de Cuba, esa isla de la que había regresado «enfermo, con el vientre lleno de parásitos», para casarse, y no con poco arrepentimiento: «...siempre añoró Cuba –confesaba años después la madre de la escritora–, pese a los errores y penurias de la guerra. Cada vez que discutíamos (lo cual no era infrecuente) maldecía haber regresado»⁴. Lo cierto es que Ángel León volvió con el propósito de casarse y de sentar cabeza. «Y también para pasear su inquietud de guarnición en guarnición –relata Aitana Alberti–, atormentado por la duda de haber equivocado su vida. Encontraba refugio en discretas infidelidades que no escaparon a la mirada amorosa de la abuela, sombra que espía sus movimientos»⁵. María Teresa siempre defendió que los celos de su madre, muy poco disimulados entre los pliegues de su mantón de manila, enaltecían su belleza: «en mi casa no se rezaba el rosario. ¿Para qué? Mi padre era incrédulo y mi madre ¡tenía tanto que reprochar a su marido! [...] Esa infidelidad hacía a mi madre preciosa. Llevaba su belleza sobre los hombros como los cautivos las cadenas»⁶. Doña Oliva, haciendo entonces de tripas corazón, salía en compañía de la niñera a la caza del esposo infiel, «justo a esa hora que el amor estaba esperándole al pobre. No lo hagas, es rebajarte. Pero no podía, aunque le daba vergüenza taparse los ojos azules con la mantilla, como las mujeres del pueblo cuando sienten celos»⁷. Fue un triste episodio que María Teresa no pudo borrar de su memoria, de aquellos ojos que vieron, sin comprender, cómo su madre regresaba abatida, culpable, avergonzada de que todos la contemplaran en aquel estado y, además, burlada por la impunidad que la ley española concedía al adulterio. Tan herida se vio esa y otras veces por

el apuesto coronel que, ya en su vejez, no consideró oportuno, ni digno, enmarcar su retrato y colocarlo entre los demás miembros de la constelación familiar que tenía expuestos sobre la cómoda.

Sin embargo, doña Oliva no era, en absoluto, una madre resignada y dócil. Doña María Oliva Goyri de la Llera era un ser autoritario, independiente, nada melindroso y más progresista de lo que cabría imaginar, dada su vocación creyente. Leía novelas, tocaba el piano, tomaba el té con amigas de cierta clase y asumía con humor y deportividad los códigos de honor, las ridículas reglas de comportamiento y los desfiles que imponía la vida militar de su esposo. Cuando llegó la República, votó por el Partido Comunista. Pero, para entonces, doña Oliva era ya una viuda emancipada y su hija una escritora audaz y combativa. Entre ambas, no obstante, quedaban muchas cuentas por resolver y una infancia llena de soledad y de reproches.

UN OLOR A HELIOTROPO

En realidad, la casa de María Teresa fue pronto un hogar roto, tanto por las frecuentes peleas de sus padres como por la severa educación que doña Oliva aplicó a su primogénita. Ni siquiera la llegada de otro hermano suavizó la convivencia familiar; un hermano que apenas aparece mencionado en el periplo vital de la escritora y del que encontramos muy escasos indicios: Ángel León Goyri siguió los pasos de su padre en la carrera militar, luchó durante la Guerra Civil en las filas del bando sublevado y llegó a general del ejército en la España franquista. Su relación con María Teresa fue, en rigor, la justa, hasta el punto de no merecer una breve cita en los recuerdos escritos por la autora de *Memoria de la melancolía*. Su hija, Aitana Alberti, sí le concede ese derecho en uno de sus artículos de la serie *La arboleda compartida*⁸, concretamente el titulado «Un aroma a violetas». En él, al evocar a la madre de ambos, doña Oliva, escribe: «Durante la guerra civil siguieron juntas, mientras en “la otra España”, del bando contrario, luchaba el hijo-hermano, militar de elevado rango: lo terrible de las guerras fratricidas es que las fronteras pasan en ver-

dad por el corazón de los hombres». También se refiere a él cuando recuerda la enfermedad de la abuela y la necesidad de ingresarla en una institución: «Por una vez se pusieron de acuerdo mi madre y su hermano el general: entregarla a los cuidados de unas santas monjitas madrileñas»⁹.

El paisaje de la infancia, sin embargo, era ancho y poblado, sobre todo de personajes que iban llenando de formas, aromas y colores la imaginación de la niña. La abuela olía siempre a sándalo o maderas orientales. Pertinazmente vivo era el aroma a heliotropo o violetas de su madre, y a tierra mojada el de la tormenta. De la familia materna, la abuela Rosario era la que habitaba en la casa, la que se empeñó en llevarla al colegio del Sagrado Corazón regentado por monjas, probablemente en contra de los deseos de su madre, que hubiera preferido para su hija una educación que no solía darse en las niñas de la época. Pero la abuela Rosario se salió con la suya, enredada acaso en aquellos pensamientos que la impulsaban a dar cuerda a todos los relojes y a evocar, en silencio, la sorprendente y desdichada vida del abuelo Hipólito, a quien la pequeña no llegó a conocer, pero cuya historia quedó cosida a su recuerdo de niña. Y es que don Hipólito de Goyri había sido todo un donjuán. Vivió en Madrid, Burgos y París, y acabó sus días viejo, consumido y decrepito, en el pueblo burgalés de Celada del Camino. La abuela Rosario nunca habló de él, pero sí doña Oliva, que relató a María Teresa las andanzas de un hombre que la misma noche de bodas no fue a dormir a casa. Apareció a las 8 de la mañana, ordenó preparar el coche y sacó de la cama a la que aún no era del todo su mujer para emprender ruta a Andalucía. «De este viaje mi madre no recordaba haber oído más que mi abuela lloró mucho y un día, al entrar en una tienda, cuando preguntaba en buen castellano por el precio de una seda, le contestaron asombrados de verla tan blanca, tan alta, tan rubia: Aquí no hablamos inglés, señora»¹⁰. Pero las lágrimas continuaron en París, incluso en la Ópera, ocultas tras su abanico de plumas, mientras don Hipólito perseguía a las bailarinas. Pasados los años, con los hijos, Oliva y Federico, ya criados, el abuelo dejó Madrid y se marchó solo a Celada del Camino. Allí rindió culto al vino de marca y a la vida tranquila.

«No le gustaba más que beber, tal vez hablaría de mostos con el cura o con el médico o con algún amigo que viniera a verlo»¹¹. Luego, por amor, por piedad o por vergüenza, la abuela Rosario se lo llevó con ella a la capital. Los médicos le prohibieron beber pero él se las ingeniaba y vaciaba las botellas de colonia o los frascos de alcohol puro. Y así se fue consumiendo, mientras un hermano que tenía en Portugal de embajador, el tío-abuelo Nicolás, se dedicaba a la filología comparatista, a estudiar *Os Lusíadas* y a analizar a Camoens. Pero hubo más, porque, como relata María Teresa en sus memorias, los disgustos continuaron después de morir don Hipólito. Al parecer, una vez adecentado al finado, arregladas las velas y las flores, «poco antes de comenzar el velatorio, aparecieron unos señores enchisterados que, después de darle el pésame le dijeron: Señora, nos apena tener que molestarla en estas circunstancias pero quisiéramos, antes de que vengan los curas, que nos permitiera retirar las insignias masónicas de su marido, alto grado entre nosotros»¹². María Teresa León podía ver a su abuela cayendo desvanecida, imaginando después al calamitoso de su esposo disfrazado de alta dignidad, reuniéndose clandestinamente en París, como hiciera durante tantos años, con los mandatarios de una logia masónica. Luego la vio destripando armarios, removiendo viejos arcones, y todo para no encontrar más tesoro que dos pistolas de duelo. Las insignias nunca aparecieron, pero sí una sortija con la escuadra y el compás secretamente grabados detrás de una piedra preciosa que, al girarse, mostraba el símbolo masón.

Muchos años después, cuando nuestra escritora visitó la casona de Celada y la tumba del abuelo Hipólito, descubrió también que su bisabuela materna había sido dama de honor de la reina Gobernadora, doña María Cristina Habsburgo, esposa de Alfonso XII, y que había favorecido sus amores ilícitos.

LA CASA TAPIZADA DE SABIDURÍA

Pero quedaba mucho aún por descubrir en aquella infancia que un buen día se tiñó de admiración y de conocimiento. La alegría llegó

de manos de doña María Goyri, prima carnal de la madre de la escritora, y también de la que muy pronto sería, a casi todos los efectos, su verdadera familia. El hogar de sus tíos lo constituían cinco miembros entrañables: la abuela Amalia, Ramón, esposo de María, y los hijos de éstos: Jimena y Gonzalo. La excepción residía en cada uno de ellos. Para empezar, María Goyri, pionera de la filología moderna, podía presumir de haber sido la primera mujer que estudió en una universidad española, la que inauguró la presencia femenina en las aulas y la que marcó el punto de partida para que la educación superior fuera una zona de emancipación progresiva para la mujer. Doña Amalia solía recordar esos y otros logros de su hija a las visitas que recibía: «Tocó a la abuela Amalia Goyri contarles cómo había sucedido esa ascensión hacia la igualdad. Cuando María Goyri apareció en la puerta de la universidad para dar su primera clase, un portero estaba esperándola. La condujo, entre la sorpresa de los estudiantes, hasta la sala de profesores. Allí el decano de Filosofía y Letras se acercó ceremoniosamente a la muchacha. Señorita, quedará usted aquí hasta la hora de clase. Yo vendré a recogerla. La cerró con llave y se fue a sus ocupaciones. Cuando sonó la campana, el profesor regresó, abrió el encierro y ofreciéndole el brazo la hizo caminar lentamente entre dos filas de estudiantes que entre asombrados e irónicos veían la irrupción de la igualdad de los sexos instalada en la universidad. Sentada junto a su profesor, comenzó su trabajo. Todos los días se repetía la escena. Entre los estudiantes estaba uno que se llamaba Ramón. ¿Cuándo consiguieron encontrarse?»¹³.

Aquel Ramón del relato no era, ni más ni menos, que don Ramón Menéndez Pidal, a quien conoció María en la universidad y que pronto sería su esposo. Eran tan cultos los dos que su viaje de novios en 1900 consistió en realizar la ruta del Cid hacia el destierro, cargados de gramófono para registrar los romances populares de las gentes de la España profunda.

El domicilio madrileño de los Menéndez Pidal en la calle Ventura Rodríguez fue el primer paso de la infancia hacia esa cima de la cultura que hay que subir entre tropiezos. «En aquella casa aprendí los primeros romances españoles. A veces sacábamos un viejo gra-

mófono de cilindro. Allí escuchábamos las canciones recogidas por María Goyri y Ramón Menéndez Pidal [...]. Por primera vez oí la voz del pueblo. Por primera vez tomé en cuenta a los inteligentes y a los sabios»¹⁴.

Al salir del colegio, a María Teresa le faltaba tiempo para acudir a casa de sus tíos. Adoraba sentarse en el suelo a escuchar aquel gramófono de cilindro en el que sonaban romances. «Aquella casa que era como su casa era más que una casa». Pero la verdadera y mayor fascinación la generaba su prima Jimena. Era apenas dos años mayor que la niña, pero esa diferencia marcaba espacios siderales. Jimena aglutinaba, a ojos de la pequeña, todas las virtudes humanas. Parecía su anverso en muchas cosas y un manantial de continua admiración. Porque, para empezar, Jimena era alta, morena, andaba sola por Madrid, iba a la escuela sin acompañante, a una escuela libre, sin monjas, donde podía leer, sin prohibiciones, todos los libros del mundo. Rozaba los límites de una esbelta y adorable juventud y resultaba inevitable repetir sus gestos, sus palabras, desesperarse por no tener el brillo oscuro de su pelo, dudar de que hubiera en el mundo otro ser como ella, a quien se desease tanto ver. «Jimena era la síntesis de lo que un ser humano puede conseguir de su envoltura carnal», confesaba nuestra escritora en sus memorias, recordando también que su joven belleza, modelada en bronce por el escultor Julio Antonio Rodríguez Hernández, presidía la librería giratoria del salón de aquella casa mágica, bronce verde, «verde oliva como era ella, con los ojos verdes, con el halo verde de su resplandor. Yo era la chica pequeña que nada sabía aún, pero que miraba. Y aquella prima mía era mi primer tropiezo con la belleza. ¡Qué fea estaba yo con las trenzas rubias, repeladas en las sienes! Creía entonces que jamás podría mirarme en un espejo»¹⁵.

Según María Teresa León, la belleza de su prima no venía de doña María Goyri, dotada sin duda para otros menesteres como la erudición y el saber. El origen estaba en la abuela Amalia, doña Amalia, que además de enseñarle las primeras coqueterías femeninas, gustaba de contar historias de amor, largas y románticas historias de lágrimas que la niña comenzó a añorar cuando la anciana fue enterrada,

sin apenas cortejo, en un breve cementerio solitario «como solitaria había sido su vida, cuando apagaron su juventud de un soplo»¹⁶.

Pero si algo quedó para siempre en la escritora, además de cuanto vio y aprendió en aquel hogar, fue el respeto a los demás, la consideración que una niña como ella recibía de los mayores, el modo y el interés con que la escuchaban y la atendían; tan alejados de la indiferencia, el desdén a veces, que percibía en su casa y en su madre. «Había una abuela en aquella casa y una madre capaz de contestar a la niña todas sus preguntas»¹⁷, se lamentaba la pequeña. «Aprendí en ella que los libros pueden tapizar de sabiduría las paredes, que las yedras viven en el interior y van hacia los techos y que ha de contestarse a todas las preguntas para que las niñas puedan seguir creciendo y que todo en el mundo puede comprenderse y admirarse»¹⁸.

Leídas con cierta emoción estas palabras, no pueden resultar menos estremecedoras las que dedica a su progenitora en otras páginas de *Memoria de la melancolía* donde aparecen, como una herida, el reproche y el llanto. En este discurso, a la altura de los soliloquios más brillantes de la literatura contemporánea, donde el fluido de la conciencia se deja oír entre las líneas escritas, María Teresa nos regala casi todas las claves de esa infancia que, incluso en el recuerdo, le impedía respirar:

«Si tú supieras, madre, cuándo he comenzado a quererte; no fue ese día que me precipité en tus brazos: tenía miedo; ni siquiera en aquella ocasión cuando me subí a tus rodillas: tenía hambre. Mi vida era tan pequeñita entre tus brazos. Yo no te conocía. Venimos de demasiado lejos. En ese lugar donde distribuyen las vidas nuevas a los seres humanos, me dieron a ti y tú te sorprendiste de tener que querer a una niña con los ojos cerrados. No fue tu rostro, madre, lo primero que se separó de la niebla que me rodeaba, fueron tus manos. Esa herramienta tan útil más tarde fue lo primero que vi. Aún pasaría mucho tiempo antes de quererte. Tu cara tardó en diferenciarse de las demás. Yo tardé muchos meses en distinguir tus ojos, tu nariz, tus labios... me gustaba que me besases. ¿Cuáles siguieron siendo nuestras relaciones? Te identifiqué a la vez que la palabra NO. Eras mamá No. No hagas esto, no te manches el vestido, no juegues con el

barro... Tardé mucho tiempo en aprender esa lección, pero después me convertí a mi vez en la señorita No. Un día, riendo, me sacudiste un poco. Otro día... no sé cómo decírtelo, me diste a conocer tus manos, me pegaste. Sentí mucha pena y poco arrepentimiento. Otras veces, qué dulce, me sentabas en tus rodillas y murmurabas yo no sé qué palabras mágicas, qué arrullos maravillosos que concluían con el dolor, la angustia, el miedo de crecer. Y, sin embargo, yo no sabía quererte, porque todo lo de nuestra infancia nos parece que responde a una obligación con nuestra fragilidad. Tardé mucho tiempo en poder seguir tu pensamiento. Era más fácil seguir agarrada a tu vestido, ir sobre tus pasos que entender lo que tú me querías decir. Al crecer, te tuve desconfianza. En un lado, me enteré más tarde, estaba tu mundo de gentes altas, y en el otro, el mío. Yo no podía seguir tus pensamientos porque debía cumplir tus órdenes: aprende a no hacer eso, lee más claro, no haces caso de nada... Fue entonces cuando me di cuenta que todas las madres de mis amigas decían lo mismo y que esa riqueza de tener una madre se había convertido en un bien común. Me desilusioné. Luego dije para contentarme: mi madre es distinta. ¡Cómo iba a ser la madre de los otros chicos como la mía! Hasta aquí podíamos llegar. Entonces comencé a espiarte para encontrar las diferencias. Me di cuenta que caminabas con paso muy seguro, con altivez y que hablabas con una voz distinta. Nadie hablaba como tú. Cuando por primera vez oí la voz de las maestras, se me turbó el alma porque con su sonsonete autoritario barrían el sonido de tu voz, madre, y me dejaban pequeña y sola en el inmenso terror de la primera escuela.

»Pero ni entonces yo sabía quererte. Me desorientabas. Si yo creía que me estabas esperando, habías salido; si yo te enseñaba los primeros deberes, pidiéndote ayuda, levantabas los brazos, ahuyentándome con el pretexto de que los habías olvidado. Ya sé, madre, ya sé aquello de que estuve enferma y sé tus pasos de leona desvelada y la lucha contra la impalpable muerte... pero ni entonces supe lo que era mi amor hacia ti. Mi cuerpo, cargado de medicinas y de fiebre, estaba solitario como un caracol abandonado en la resaca de la playa»¹⁹.

Ahora se hace mucho más fácil entender la querencia que María Teresa profesó por la familia Menéndez Pidal y por todo cuanto generó en ella aquel acercamiento. Además de los afectos que encontró, fue una influencia esencial para el desarrollo de su personalidad y de su vocación literaria. El hogar de la calle Ventura Rodríguez, así como las casas en las que la familia de sabios veraneaba, ya fuera en la de la Granja de San Ildefonso o, más tarde, en la de San Rafael, en plena sierra del Guadarrama, María Teresa descubrió un mundo en el que la cultura, la inteligencia y la justicia social se imponían a toda mediocridad y a los severos prejuicios que la acosaban. Difícilmente podría encontrar una persona con tantas inquietudes como aquella niña un ambiente tan propicio para desarrollarlas como el círculo intelectual en el que se movían sus tíos.

LOS LIBROS PROHIBIDOS

Pero también, para saciar aquellas inquietudes, hubo otros parientes menos cercanos que dejaron en la pequeña otro tipo de recuerdos. Tenía once años cuando viajó con sus padres y la abuela a Barbastro. En aquella ciudad aragonesa vivían las hermanas viejas de doña Rosario. Una de aquellas mujeres, la tía Concha, sobrellevaba su ancianidad junto a un marido apartado del mundo y del ejército tras una batalla que le permitió retirarse en paz. «El tío aquel, que no recibía más que a las monjas cuando venían a pedirle dinero para alguna caridad y jamás a los frailes, era un desilusionado de todo menos de la lectura. Cree recordar que había sido militar, pero su comportamiento era de civil ilustrado, leía todo el día hasta secársele el cerebro. Era la sombra solitaria del caserón que vagaba sin ruido, buscando sorprender a las criadas»²⁰.

María Teresa confiesa que fue en aquella casona, toda llena de consolas, estadios y juguetes viejos, donde tuvo el primer contacto con los libros prohibidos. Era divertido escaparse al jardín por una frágil escalera, esconderse en la bodega y penetrar en una gruta acolchada de musgo; pasear por el campo a la caída de la tarde

y hasta soñar bajo aquellos montes. Pero el deslumbramiento se lo proporcionó aquel tío loco y viejo cuando puso a su disposición, sin restricción alguna, todos los libros de su biblioteca: «aquella casa fue para la niña la silenciosa casa de la lectura. Todos los libros fueron para ella. No hubo selección para proteger sus ojos virginales. Vio estampas donde mujeres impúdicas se sentaban descaradamente en enaguas sobre las rodillas de los caballeros y vio desnudos que se llamaban Venus»²¹. Allí leyó por vez primera a Dumas, a Víctor Hugo y a Galdós. Pero también fue entre aquellas paredes, como un impuesto contra la inocencia, como el sucio precio del saber, donde el culpable de sus lecturas cayó en la debilidad: «Un día tocó a la niña sus pequeños senos minúsculos. Vamos, vamos, aún tienen que crecer. Luego la apretó contra su ropón oscuro y la besó en los labios. La niña corrió, corrió a lavárselos en la fuente, se los restregó contra la yerbabuena, se quedó mirando los musgos de la gruta...»²²

De la familia paterna, poco alcanzó a saber la niña: que su abuela se había casado con un andaluz de Sevilla que perdió inocentemente la vida, vestido de general, en la batalla de Montejurra de 1876, al frente de las tropas gubernamentales; o que tenía un tío en América, hermano de don Ángel León, que se había formado como arquitecto al lado de Gaudí, de quien fue discípulo. En Buenos Aires había construido magníficas viviendas que María Teresa pudo contemplar durante su exilio: «Casas Modern-Style que yo vi luego, con mujeres sosteniendo los balcones y balaustradas con corolas de lirios»²³.

LAS MONJAS DEL SAGRADO CORAZÓN

El colegio del Sagrado Corazón, de Leganitos, en Madrid, fue, hasta los catorce años, el otro espacio de su infancia. La decisión partió de la abuela Rosario. Como ya se ha comentado, la anciana se empeñó en que su nieta fuera educada en aquella institución religiosa a la que acudían, sobre todo, las hijas de las familias acaudaladas, las conocidas como *pensionistas*, que ocupaban las clases en los pisos superiores. En el sótano, las monjas impartían también algunas asigna-

turas y enseñaban a coser y bordar a las hijas de los menesterosos, las llamadas *gratuitas*. Fueron los años de la disciplina, de las monjas reticentes que daban la señal de levantarse o sentarse todas al unísono, golpeando dos trocitos de madera, también de las discriminaciones entre niñas ricas y niñas pobres. Su recuerdo aflora en las páginas de *Memoria de la melancolía* y en los libros *Cuentos de la España actual* y *Las peregrinaciones de Teresa*, ambos de alto contenido biográfico. En uno de ellos, el relato titulado «Infancia quemada», donde se condena la destrucción de monumentos y piezas artísticas que grupos incontrolados llevaron a cabo antes y durante la contienda civil, María Teresa hace un perfecto retrato de aquella escuela que imaginaba devorada por las llamas. La protagonista, trasunto de la escritora, contempla la destrucción de aquel espacio de su infancia y reflexiona sobre la división social que se aplicaba entre aquellas paredes:

«¡Su colegio! Se iba en humo, se abrasaban sus trenzas, sus ojos, sus dedos manchados de tinta, sus oraciones, su voz. La quemaban viva, los grandes magnolios del jardín, que no dejaban estudiar las primaveras, sentían ya en el tronco llamearle una vida distinta a la suya, prieta de flores blancas. Las yedras del jardín de las monjas se retorcían, huyendo los ratones, llevando la manera de reírse de las niñas de casa rica en sus oídos diminutos, las niñas que salían al recreo de 12 a 12 y media y se cubrían con unas pelerinas azules y guantes [...]. Los mapas debían doblarse por las puntas, arder sus islas y desaparecer sus penínsulas y sus cabos. Las bahías serenas y los estrechos violentos se volverían poco a poco ese trozo negro que queda desprendido, rasgando una pared ahumada».

Aquel colegio del Sagrado Corazón de Leganitos no sufrió ningún incendio, y allí fue creciendo la niña. Los guantes se iban quedando cortos en los dedos y las monjas no estaban dispuestas a consentir la menor liviandad. «Esa falda no le tapa ni dos dedos por debajo de la rodilla. Debe llegar hasta el filo de la bata. ¿Entiende? Sí, madre»²⁴. Sus amigas del colegio, a veces, la invitaban a su casa. Muchas de ella vivían en verdaderos palacios. En uno de ellos, situado a las afueras de Madrid, le presentaron un día a una dama viejecita a la que tuvo que besar la mano. Era la mismísima emperatriz Eugenia de Monti-

jo, regente de Francia en los tiempos en que estuvo desposada con Napoleón III. Ahora apuraba su ancianidad en Madrid, y en casa de una de sus compañeras de escuela. Otras amigas, María y Araceli, la llevaron en otra ocasión en un gran coche, un *mail-coach*, le dijeron. Pero ella empezó a sentir en la sangre el latido de la rebelión, a desarrollar, junto a las trenzas, un principio de crítica. Y llegó el día en que le tocaba invitar a las amigas del colegio, pero, «¿cómo hacerlo si no tenía un palacio? ¿Cómo invitarlas al comedor de un departamento a tomar un chocolate, aunque fuese traído de Biarritz? No las invitó nunca»²⁵.

A los trece años, María Teresa ya no era la niña perdida en el inmenso terror de la primera escuela, y comenzaron las pequeñas rebeldías. Había recibido una educación clásica, rígida y refinada, qué duda cabe. También podía presumir de conocer con soltura la lengua francesa, que tanto le serviría, años después, en su labor de traductora. *Mademoiselle Marie Thérèse, vous etes trop impulsive, voyons!* Hasta que alguien contó que la hija del coronel leía libros prohibidos. Entonces fue llevada a empellones hasta la superiora: «¡Pero, no! ¡Pero, sí! ¿Y Víctor Hugo? También lo he leído. Claro, como tu madre te vigila tan poco... Y ese tío tuyo. Yo les grité: ¡Y tía! Mi tía fue la primera mujer de España que estudió en una universidad. Peor para ti, por ahí entra el diablo. No digas estupideces, monja. [...] ¡Madre, madre, venga! Esta chica... Impusieron silencio. Se acercó la maestra. “¿Por qué llora usted María Teresa?” Yo me levanté como una dolorosa: “Porque leo a Alejandro Dumas.” ¿A quién? “A Alejandro Dumas.” “Bueno, siéntese.” Le preguntaron al confesor si era pecado»²⁶.

La niña se veía llena de razones para escapar, en cuanto le era posible, del colegio; o para manifestar su inconformismo de algún modo. Gonzalo Menéndez Pidal, primo carnal de María Teresa, dijo en una conversación en su casa de San Rafael que «en realidad, María Teresa se escapó del Sagrado Corazón más de una vez, y por eso la echaron, más que por leer a Dumas y Hugo, a quienes, por otra parte, sí que es muy posible que leyera».

LA INSTITUCIÓN LIBRE DE ENSEÑANZA

Las monjitas del Sagrado Corazón de Jesús y los cercos familiares la intentaban llevar por caminos ya recorridos, aunque fueran los más seguros para las monjas y para su abuela, y ella se resistía a aceptar tanta hipocresía, tantas conductas postizas, tanta mansedumbre y tanto boato de colegio bien y de familia ejemplar. Por eso trataba de seguir y hasta de emular los pasos de su prima Jimena. «Ella no iba a misa y yo sí. En la Institución Libre de Enseñanza, donde se educaba, nadie le enseñaba el catecismo. No bajaban la voz para hablar del arte aunque estuviesen llenos de desnudos los museos»²⁷. María Teresa León se refugiaba una y otra vez, para mantener su integridad, en la casa feliz y benefactora de sus tíos. En aquel ambiente conoció a figuras deslumbrantes del pensamiento, la literatura, la pedagogía y la filología, desde Francisco Giner de los Ríos a Bartolomé Cossío, Américo Castro o Henri Mérimée. A todos ellos se les escuchaba con veneración.

Allí conoció al fundador de la Institución Libre de Enseñanza poco antes de que falleciera. Fue en febrero de 1915 cuando don Francisco murió. María Teresa tenía doce años, pero no le faltó gracia y memoria para subir la cuesta de San Rafael recitando el poema que don Antonio Machado le escribió para decir la pena común. Aquel verano, en la casa que los Menéndez Pidal tenían en la sierra del Guadarrama, Jimena y ella aprendieron a jugar al tenis con el profesor Américo Castro. «En mi recuerdo lo veo guapo, fuerte, gorgojeando un poco de alegría cuando hablaba»²⁸.

Otro día tuvo la fortuna de abrirle la puerta de la calle Ventura Rodríguez a Henri Mérimée y su familia, o de conversar con don Bartolomé Cossío, quien pocos años después crearía las Misiones Pedagógicas de la República.

«Éramos parientes y entre las familias había una amistad entrañable –recordaba Jimena Menéndez Pidal en 1987–, pasó algunos veranos con nosotros. Además, su madre tenía interés en que estudiáramos juntas y lo hicimos. Yo iba a la Institución Libre de Enseñanza, pero el Bachillerato lo estudiaba en casa y a esas clases iba María Teresa. Fuimos juntas también a los sótanos de la Biblioteca

Nacional, donde aprendimos dibujo del natural en unas clases que estaban ligadas a la Institución. Me contaba cuentos que se inventaba y que luego poníamos en acción»²⁹.

Aquellas clases de dibujo las impartía don José Masriera, pintor catalán, junto con su mujer. Recuerda María Teresa que entraban por la puerta de la Junta de Ampliación de Estudios Históricas y que allí que se deleitaba observando y disfrutando de los patios cuadrados que aparecían cubiertos de hierbas muy altas por las que se perdían. «Era fantástico mirar la luz de acuario reflejada en el cielo y soñar. A veces pasaba una paloma. Es la primera vez que me he tumbado junto a un muchacho. Agarró una espiga loca, me acarició el brazo y... me besó la mano. El cielo azul era un cuadrado perfecto y ninguno de los dos necesitábamos más»³⁰.

Era tanto el deseo de María Teresa de formar parte de aquella familia de sabios que trató de una y mil maneras que sus padres la sacaran del colegio de monjas, tan ceñido a preceptos, y la llevaran, como a Jimena, a una escuela laica y libre. No fue posible, pero sí logró que aquel centro de la Institución Libre de Enseñanza, que era un modelo de pedagogía moderna, la eligiera para que representara el papel de ángel en un auto de Navidad de Juan del Enzina. La pequeña se aprendió los versos y llegó radiante y feliz para lucirse en la actuación. Una cortina la ocultaba al fondo del escenario, apenas a unos metros de los pastores que cantaban ante el público. Ella esperaba la señal, encaramada a una silla, para proclamar la buena nueva con su alta voz de niña:

Pastores, no hayáis temor,
que os anuncio un gran plaser.
Sabed que quiso nacer
esta noche el Salvador,
Redentor en la ciudad
de David.
Todos, todos le servid,
que es Cristo Nuestro Señor.³¹

Pero en cuanto corrieron la cortina y la pequeña quedó al descubierto, un dolor creciente comenzó a paralizarla: «...mi cuerpo sintió, no que se transformaba en un espíritu puro de alas grandes, sino que todo, todo el cuerpo me pesaba horriblemente, me dolían los hombros, el esqueleto, las piernas... ¡Qué dolor espantoso, jamás sentido, me apretaba las articulaciones! No pude levantar los brazos. Se acabó la llama lírica, era solamente un pobre dolor infantil y humano pegado a las sienas. Terminó todo en un sollozo. Corrieron la cortina. Me encontraba cubierta de lágrimas, sin poderme valer de mis piernas ni de mis brazos»³².

Lo peor de aquel suceso no fue el trance que sufrió la niña, sino los comentarios posteriores de las monjitas de su escuela, que, enteradas de lo ocurrido, lo atribuían a un castigo divino por acudir a un colegio laico, sin bendecir, y por intervenir en actos blasfemos que ofendían a Dios.

EL TESORO DE GASTÓN

La cuestión es que los acontecimientos adversos se fueron acumulando. Los problemas escolares de María Teresa crecían. La precocidad de sus lecturas seguía escandalizando a las maestras y religiosas del Sagrado Corazón, a lo que cabía sumar nuevos actos de indisciplina. Todo ello acabó provocando su expulsión del colegio, y también la firme decisión de doña Oliva de abandonar la capital. La madre de la escritora se había cansado de soportar también los escarceos amorosos de su marido, difíciles de controlar en la gran ciudad, y consideró que era el momento oportuno de dejar la vida dañina de Madrid y regresar a Burgos, donde le aguardaba su familia y su ambiente. De este modo, exigió al coronel que pidiera el traslado al regimiento burgalés de Lanceros de Borbón y allí se marcharon poco después de que María Teresa León cumpliera los catorce años.

De aquel tiempo, de aquellos años que pintaron su infancia de colores tristes y de mucha soledad, como ella misma afirmaba, quedarían estampas, sin embargo, de exquisito júbilo. Como el día en

que aprendió a cabalgar con los oficiales más jóvenes del regimiento de Princesa —«aquellos muchachos de uniforme impecable que tanto miedo tenían del coronel»—, bajo la mirada vigilante de don Ángel León. *La Reja* se llamaba la yegua, una potranca para la que hubo que fabricar una montura con el fin de que la niña no se sentara a horcajadas, como los chicos. Doña Oliva hizo poner una chapita de plata con su nombre escrito en la silla. Luego le prometieron que, si era buena amazona, cuando fuera mayor, participaría en competiciones de hípica.

La otra experiencia inolvidable y premonitoria la tuvo el día en que tomó la primera comunión y, al acabar la ceremonia, la llevaron a visitar a doña Emilia Pardo Bazán, a quien luego vería en numerosas ocasiones. La autora de *Los pazos de Ulloa* le hizo un regalo muy acertado con una dedicatoria que la pequeña no olvidó. «A la niña María Teresa León, deseándole que siga el camino de las letras. Condesa de Pardo Bazán. La niña leyó el título: *El tesoro de Gastón*. Gracias. Dicen que era fea. La niña la encontró siempre redonda y riendo, como un gran perro sentado, bueno y amable. Le gustaba desafiar a los hombres, pero no los venció. Jamás pudo entrar en la Academia de la Lengua Española»³³. Lo que entonces no podía sospechar la novelista gallega, que sí adivinó el futuro de la pequeña, era la influencia que su escritura iba a ejercer sobre nuestra escritora, convirtiéndose en modelo, como apunta Benjamín Prado, «tanto para su rebeldía personal como para su estilo literario, porque sin duda hay en la escritura de León algo del lenguaje rico en adjetivos y un poco sobrecargado con que la condesa escribió *Los pazos de Ulloa* o su continuación, *La madre naturaleza*; y hay también un continuo deseo de afrontar los acontecimientos históricos inmediatos y de llevar a la ficción la vida de las clases trabajadoras, como hizo la narradora gallega con la Revolución de 1868 en *La tribuna* y como haría María Teresa, con la guerra civil de 1936, en *Contra viento y marea* o *Juego limpio*»³⁴.

A quien también iba a echar de menos la pequeña era a don Benito Pérez Galdós. Había descubierto al gran novelista con apenas once años, en las lecturas secretas de la casona de Barbastro, al lado del

tío viejo, solitario y loco, leyendo *Trafalgar*. Tras el deslumbramiento que le produjo aquella novela, escuchó de alguien que el escritor acostumbraba a tomar el sol en el Parque del Oeste madrileño. Y allá que fue María Teresa, de la mano de su madre, un día propicio para el encuentro: «Nos acercamos a saludarle siempre. Sí, estaba medio ciego. Nos acariciaba la cara. ¿Y esta niña? ¿Quién es? Es la hija del teniente coronel, ya te lo hemos dicho, le explicaba el sobrino que se llamaba Hurtado de Mendoza. ¡Ah, sí, sí!, decía don Benito, volviendo a su silencio. El sobrino miraba a las chiquillas. Las chiquillas se dispersaban jugando y él tenía que quedarse junto a su tío ilustre, ya tallado como si fuera de piedra»³⁵.

No se agotó ahí la devoción galdosiana de María Teresa. En 1943, con motivo del centenario del escritor canario, publicará en Argentina el artículo «Una mujer que no está en las novelas de Galdós»³⁶, donde nuestra escritora recrea el tortuoso y clandestino amor de don Benito por su sobrina Sisita; y en 1945 realizará el prólogo de dos *Episodios nacionales* de Galdós –*La batalla de los Arapiles* y *Zaragoza*–, ambos publicados por la editorial Pleamar de Buenos Aires.

La niña iba a echar de menos muchos momentos de aquella niñez madrileña, pero especial y dolorosamente su despedida del entorno familiar de los Menéndez Pidal, sobre todo, de la compañía ya casi necesaria de su prima Jimena, a quien siempre tuvo como modelo y como referente; incluso años después, cuando se reencontraron en Madrid y cuando, desde el exilio argentino, nuestra escritora recibía noticias de su vida, de su hijo Diego y de Miguel Catalán, el físico aragonés con el que Jimena se casó y a quien tuvo el placer de recibir María Teresa en Buenos Aires...³⁷

Gonzalo Menéndez Pidal recordaba también aquella infancia de María Teresa en su hogar, aquellas veladas que «más bien eran clases de refuerzo, en las que había mucha conversación y poco estudio. Eso sí, María Teresa se interesaba mucho por las investigaciones de mis padres sobre el Romancero, o cuando ponían alguna grabación con poemas o canciones tradicionales que habían descubierto y recogido en sus viajes. Creo que era feliz cuando estaba con nosotros, y toda la familia la apreciábamos»³⁸.

Sabemos que María Teresa fue, en efecto, enormemente feliz en aquella casa. Allí descubrió el inagotable tesoro de la cultura, los anchos caminos de la inteligencia, las vibraciones de la belleza, el sentido de la justicia y el valor de la libertad. No es, pues, de extrañar que, al dejar Madrid e instalarse con los suyos en Burgos, en aquella sociedad provinciana y cerrada, se fuera rebelando contra la frivolidad y contra lo que aquel ambiente significaba de retroceso para ella. María Teresa había elegido ya y sus preferencias estaban muy claras: «todo lo que representaban Menéndez Pidal y su esposa, aquellos días pasados entre libros, recitando las canciones del Romancero tradicional, hablando durante horas de unos versos de Berceo o de Góngora, de Boscán o del Arcipreste de Hita»³⁹.